

A(través)ando GALICIA



Fran Zabaleta

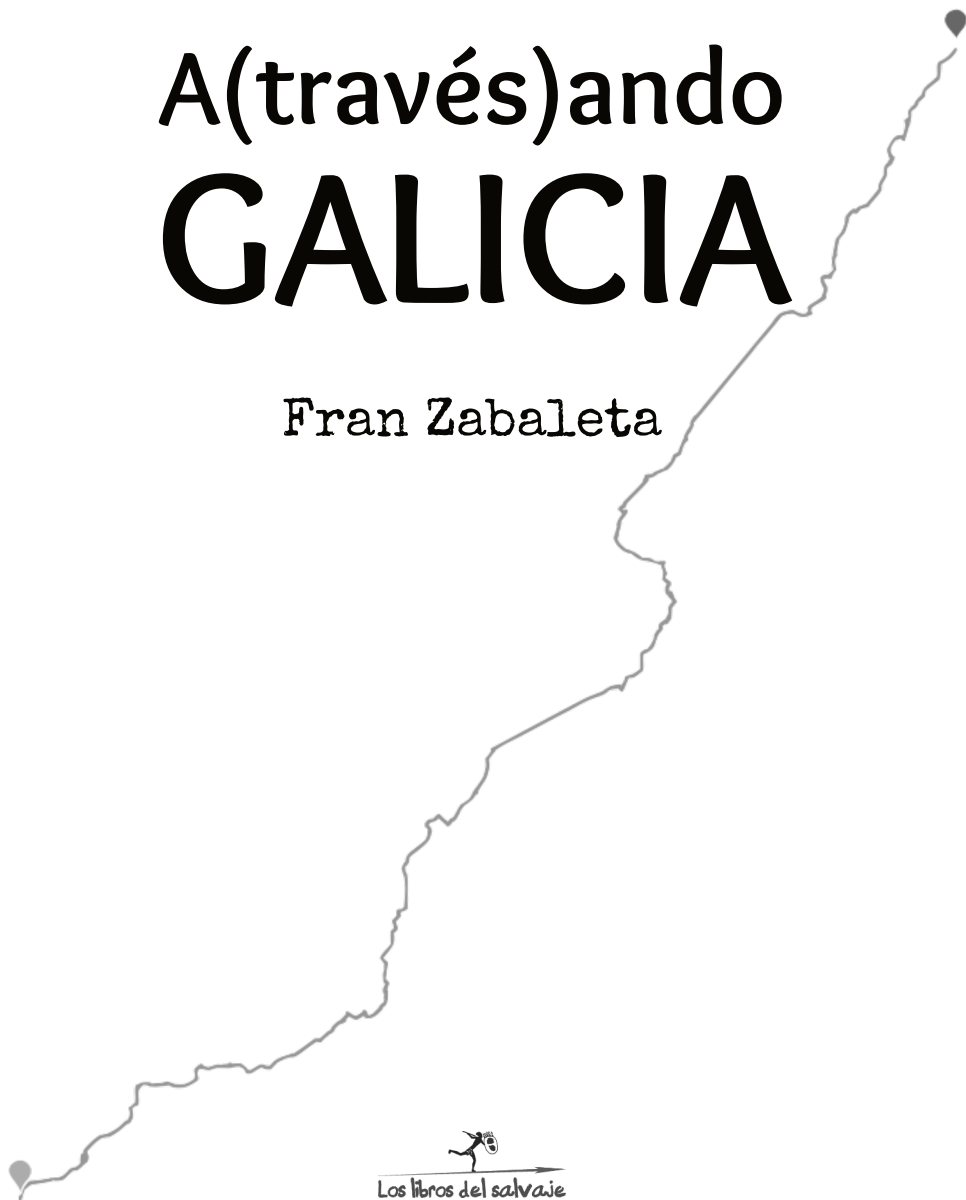
UN VIAJE A PIE DE EXTREMO A EXTREMO



Los Libros del Salvaje

A(través)ando GALICIA

Fran Zabaleta



Los libros del salvaje

Este es para Sonia, Colli, Susana, Manu, Lois, Juan y Diana, compañeros de viaje a través de tantos mundos y caminos. Gracias por estos veinte años de amistad. Sin vosotros, la vida habría estado mucho menos viva.

«Ti dis Galicia é ben pequena. Eu dígoche: Galicia é un mundo. Cada terra é coma se fose un mundo enteiro. Poderala andar en pouco tempo de norte a sur, de leste a oeste noutro tanto; poderala andar outra vez, mais non a has dar andado. E de cada vez que a andes, has atopar cousas novas e outras has botalas de menos. Pode ser pequena en extensión. En fondura, en entidade é tan grande como queiras...».

(Tú dices: Galicia es bien pequeña. Yo te digo: Galicia es un mundo. Cada tierra es como si fuese un mundo entero. Podrás andarla en poco tiempo de norte a sur, de este a oeste en otro tanto; podrás andarla otra vez, pero no la vas a dar andado. Y cada vez que la andes, encontrarás cosas nuevas y otras las echarás de menos. Puede ser pequeña en extensión. En profundidad, en entidad es tan grande como quieras...).

Vicente Risco

© Fran Zabaleta, 2021

Título

Atravesando Galicia. Un viaje a pie de extremo a extremo

Primera edición: junio 2021

Colección

Nómadas 2

Ilustraciones

Portada: Imagen de Adrian Campfield en Pixabay

Huellas: Clker-Free-Vector-Images en Pixabay

Mapa e ilustración interior: Sal Donaire

Editorial

Los Libros del Salvaje

Rúa Troncoso 4, 2º

36206 Vigo

ISBN: 978-84-121997-7-2

La editorial Los Libros del Salvaje está convencida de que el *copyright* estimula la creatividad, permite a los autores vivir dignamente de su esfuerzo y su trabajo, defiende la diversidad y es herramienta fundamental para que la cultura viva y se expanda. Por ello, te agradecemos que hayas comprado una edición autorizada de este libro y que respetes las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso expreso del autor y/o la editorial. Al hacerlo, respaldas a los creadores y permites que Los Libros del Salvaje siga publicando libros. Si deseas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, dirígete a CEDRO, el Centro Español de Derechos Repográficos: cedro.org.



ÍNDICE

UN VIAJE QUE ES UN PRÓLOGO	13
PRIMERA PARTE. LUGO DE NORTE A SUR	29
1 En la villa indiana	31
2 De Ribadeo a San Tirso de Abres	45
3 Desde San Tirso hasta A Pontenova	72
4 De A Pontenova a Meira	94
5 De Meira al castro de Viladonga	113
6 Fin de semana en Lugo	133
7 De Lugo a Guntín	154
8 De Guntín a Portomarín	177
9 De Portomarín a Currelos	195
10 De Currelos a Chantada	218
 SEGUNDA PARTE. A TRAVÉS DE OURENSE	 235
11 De Oseira a Cea	237
12 De Cea a Carballiño	260
13 De Carballiño a Ribadavia	273
14 De Ribadavia a Crecente	296

TERCERA PARTE. POR EL SUR DE PONTEVEDRA	315
15 De Crecente a Arbo	317
16 De Arbo a Salvaterra	330
17 De Salvaterra a Tui	345
18 De Tui a Vila Nova da Cerveira	362
19 De Vila Nova da Cerveira al fin del mundo	372
 EPÍLOGO. A TRAVÉS DE GALICIA	 385
Agradecimientos	389
Sobre mí	395
Antes de que te vayas	397

UN VIAJE QUE ES UN PRÓLOGO



La estación de autobuses de Vigo está casi vacía a primera hora de la tarde. Es un edificio desangelado, uno de esos espacios que parecen envueltos en una nube de desamparo y abandono permanentes. Le queda poca vida: ya están construyendo una nueva, así que esta se hunde en la melancolía de la vejez sin que nadie le haga caso.

Llego pronto, siempre llego pronto a todas partes, como si algo en mi cabeza temiera que el mundo entero fuera a estallar en pedazos si alguna vez osara retrasarme. Es el último domingo de agosto del año de la pandemia y me dispongo a emprender un viaje con el que soñé durante las largas semanas de confinamiento, en primavera: cruzar Galicia andando desde Ribadeo, en el extremo noreste, hasta A Guarda, en el suroeste, siguiendo más o menos el curso del mayor y más caudaloso río de Galicia, *o pai Miño*, el padre Miño, que gobierna con autoridad indiscutida la tierra de los mil ríos. Un viaje de extremo a extremo, de confín a confín.

Por eso estoy aquí hoy, en esta estación silenciosa y embozada, esperando al autobús que me llevará hasta el punto de partida de mi andadura. Tras una primavera de confinamiento forzoso y un verano de semiconfinamiento voluntario por motivos familiares, necesito salir. Escapar. Recuperar el contacto con la tierra y el cielo, con el frío de las madrugadas, el calor sofocante de los mediodías, el verde eterno de los prados y el pardo de los caminos polvo-

rientos. Necesito transpirar hasta que mi cuerpo se licúe y sentir ese feliz agotamiento de los músculos que te recuerda que estás vivo, asombrosamente vivo.

—¿Sale de aquí el que va a Ribadeo? —La parte inferior de la estación, donde se hallan las dársenas de las que parten los autobuses, permanece en penumbra. Solo hay dos o tres personas absortas en sus teléfonos móviles, ajenas al mundo que las rodea, protegiéndose la boca y la nariz con mascarillas.

—Sí, pero todavía no ha llegado —me responde la mujer a la que acabo de preguntar. Dejo la mochila en el suelo y me quedo de pie, sin nada más que hacer salvo aguardar, pensando en el viaje que estoy a punto de emprender.

Hay algo en la idea de viajar a pie que siempre me ha atraído. Cuando necesito escapar de la rutina y despejar la mente, mi cabeza me imagina viajando a pie, mochila a la espalda, dejándome mecer por el ritmo de los pasos. Y cuando un viaje así se apodera de mi imaginación, sé que de nada vale resistirme: tarde o temprano me pondré en marcha. A diferencia de Ulises, nunca consigo atarme al mástil de mi barco a tiempo para resistir el canto de las sirenas.

Cuando publiqué mi primera novela, en 2005, se me ocurrió que una estupenda forma de celebrarlo sería hacer un buena caminata en solitario, y unos días después estaba recorriendo a pie el perímetro de la isla de La Palma, en las Canarias. Claro que por entonces todavía no conocía las islas, no había oído hablar de sus barrancos y pensaba, en mi ingenuidad, que si iba por la costa no tendría que superar muchos desniveles...

Años después se me metió en la cabeza la idea de recorrer a pie la cordillera del Atlas, en Marruecos, y terminé subiendo al Ighil M'goun, un pico de 4071 metros, y descendiendo después durante una semana por los cañones y gargantas del río M'goun, dejándome llevar por el lecho de las aguas.

Viajar a pie es simplificar la vida, reducirla a lo esencial. Es volver a esa larguísima infancia de nuestra especie durante la cual nuestros antepasados erraban por estepas, selvas, valles, hielos y montañas con sus escasas posesiones a cuestas, tratando de sobrevivir en un mundo tan vasto como peligroso. Durante cientos

de miles de años hemos sido nómadas. Se dice pronto, pero raramente conseguimos darnos cuenta de lo que significa una cifra tal, cientos de miles de años, comparada con los ochenta, cien en el mejor de los casos, de nuestras vidas. Hace solo doscientos años, un microsuspiro a escala evolutiva, todavía estábamos inventando el ferrocarril y los únicos coches que existían eran los tirados por caballos. Hace quinientos, los europeos estábamos explorando y conquistando el que para nosotros era un nuevo continente. Hace mil vivíamos bajo los terrores imaginarios del miedo al inminente fin del mundo, que se produciría en el milenario de la muerte de un profeta judío. Toda nuestra historia, tan impresionante, cabe en un puñado de años: cinco, seis mil, poco más. Pero cuando esta empezó o, mejor dicho, cuando comenzamos a dejar constancia por escrito de los principales hechos de nuestro pasado, llevábamos cientos de miles de años vagando de un lugar a otro, nómadas y caminantes.

Cientos de miles, ahí es nada. Y eso sin considerar las especies que nos precedieron, en cuyo caso estaríamos hablando de millones de años.

Nuestro cuerpo se ha ido adaptando lentamente, a lo largo de incontables generaciones, a la necesidad de caminar, hasta el punto de que cuando dejamos de hacerlo y nos volvemos sedentarios todo empieza a fallar: acumulamos más grasa de la necesaria, sube nuestra tensión arterial, desarrollamos enfermedades cardiovasculares, se incrementan nuestras posibilidades de morir prematuramente y crece exponencialmente el riesgo de padecer depresión.

Somos nómadas, seguimos siendo nómadas. Diez mil años de sedentarismo no son más que un abrir y cerrar de ojos para nuestros genes. Pese a toda nuestra sofisticación, nuestras casas con calefacción central y nuestras obras de arte, pese a las asombrosas tecnologías que hemos desarrollado y la inmensa cantidad de objetos que acumulamos, bajo la piel de nuestra modernidad seguimos siendo nómadas, frágiles e indefensos, desplazándonos a través de un mundo aterrador.

No estamos hechos para permanecer quietos demasiado tiempo, y de ahí, supongo, esa ansia por viajar que nos lleva constantemente de aquí para allá en coche, tren, autobús, barco o avión;

y de ahí también esa pulsión que empuja a tantos millones de personas a lanzarse a caminar para recuperar el contacto con una naturaleza a la que, da la impresión, en algún momento hemos vuelto la espalda, sin saber muy bien cómo ni por qué.

Nuestro cuerpo sigue siendo nómada, pero nuestra mente ya ha olvidado las habilidades de nuestros antepasados —orientarse por el sol, la luna y las estrellas, protegerse del frío y de los depredadores, buscar refugio, rastrear huellas, encontrar alimento, utilizar las plantas para curarnos, percibir las sutiles señales de la naturaleza—. Por eso, en las últimas décadas, los senderos balizados han llenado nuestra geografía, para ayudarnos a disfrutar de la naturaleza sin perdernos. Fue el francés Henry Viaux el primero que pensó, allá por 1947, en marcar un camino, en trazar una serie de señales en él para que aquellos que no supieran interpretar un mapa u orientarse con una brújula fueran capaces de disfrutar de un paseo por el campo sin perderse. La brillante idea fue acogida con entusiasmo por la Asociación de Turismo Pedestre de París, cuyos miembros se lanzaron a balizar sendas por toda Francia: así nació el senderismo y los miles de recorridos que hoy encontramos convenientemente marcados en cada rincón de nuestras geografías.

Peregrinos y senderos

Unas voces cercanas me arrancan de mis pensamientos. El autobús ya ha llegado y el conductor está comprobando los billetes. Dejo la mochila en las entrañas metálicas del mastodonte y me acomodo en mi asiento, dispuesto a llevar con paciencia un trayecto de casi seis horas con paradas en cuanta población de mediano tamaño crucemos.

Da igual. Viajar es esto también, acomodarse a los tiempos de los demás y desechar urgencias. Somos pocos viajeros, apenas media docena de personas en un autobús de gran tamaño, aunque se irá llenando a medida que nos detengamos en las sucesivas localidades. Viajo poco en autobús, y quizá por eso me llama la atención el silencio, que parece intensificado por las mascarillas que

llevamos. Todos nos volvemos hacia nosotros mismos y hacia nuestro mundo, nos conectamos a nuestras pantallas para ver una película, leer un libro, responder a un correo, revisar nuestras redes sociales o enviar un wasap. Nuestra permanente conexión con el mundo nos cierra los ojos a lo que nos rodea, nos aísla de quienes nos rodean.

Al llegar a Santiago de Compostela, el autobús se llena con peregrinos que ya han alcanzado su meta y regresan a sus casas. Dos chicas de veintitantos años se sientan del otro lado del pasillo y las oigo conversar en un inglés dificultoso preñado de risas. Una debe de ser alemana y la otra española, valenciana o catalana, y se han conocido haciendo el camino. Están recordando anécdotas de los albergues, de los días que ahora terminan para ellas, y al hacerlo comienzan a construir, sin darse cuenta, el relato de sus respectivos caminos, fijando en sus memorias aquello que recordarán ya para siempre de estos días. Mientras habla, la que está más cerca de mí tiene el codo apoyado en el reposabrazos y mece la mano en el aire, de forma inconsciente, como siguiendo una melodía que solo ella puede oír.

Los peregrinos, sus bordones, mochilas y vieiras —la concha de un molusco muy común en Galicia que se ha convertido en el símbolo de cuantos hacen el Camino de Santiago— son un espectáculo habitual en Galicia, tanto que ya nadie repara en ellos. Son el día a día de un país que lleva ochocientos años recibiendo caminantes, alimentándose de caminantes y, de paso, inevitable y afortunadamente, absorbiendo los aires y las ideas nuevas que traen consigo.

Nadie repara en ellos, nadie repara en lo que tiene todos los días ante los ojos. Sin embargo, hoy sí me llaman la atención porque la aventura que estoy a punto de empezar se parece mucho a la que estos peregrinos terminan. Con matices, eso sí. Yo también hice, hace años y en dos ocasiones, el Camino de Santiago, una vez desde Portugal y otra desde Roncesvalles, y conozco bien tanto la camaradería y la generosidad del camino como la incomodidad de los albergues atestados o las carreras para conseguir cama en ellos.

Hacer el Camino de Santiago, cualquiera que hagas, es seguir una ruta pisada y asentada por miles, millones de peregrinos que

te han precedido. Todo está establecido de antemano: la longitud de las etapas, la senda por la que avanzas, los lugares de avituallamiento, los albergues donde dormir. La comodidad de recorrer una senda sin sobresaltos y sabiendo que al final de cada etapa encontrarás un albergue en el que descansar es algo deseable para muchos, libera la mente de las preocupaciones de la intendencia y permite concentrarse en el simple hecho de andar. En el camino, además, la compañía está garantizada, pues los peregrinos son muchos y el ambiente, en general, es receptivo y amigable.

Sin embargo, no es eso lo que busco. Me tiran mucho más los senderos desconocidos: los que no están marcados, aquellos que no sabes siempre a donde te llevarán. Por eso no me planteo convertirme en peregrino, aunque muchos me confundirán con uno de ellos en los próximos días, sino trazar mi propio sendero desde Ribadeo hasta A Guarda. Que yo sepa, nadie lo ha hecho antes —no por su dificultad, que es poca, sino porque a nadie se le habrá ocurrido antes tan «peregrina» idea—, y eso es en sí mismo un acicate: me atrae la idea de abrir una ruta que quizá, quién sabe, otros seguirán e irán mejorando después. Me atrae la libertad de elegir cada día el mejor trayecto por el que avanzar, aunque esa libertad implique asumir los inevitables errores. Me atrae calcular las jornadas para que los descansos coincidan con poblaciones que cuenten con restaurantes y hoteles, hostales, casas rurales o similares, el equivalente, adaptado a nuestros tiempos, de los terrenos propicios para la caza o la recolección y los abrigos naturales de la prehistoria. Me atrae, sobre todo, la idea de atravesar un paisaje poco frecuentado por otros caminantes, de perderme por pueblos y montes, atravesar mundos, atisbar vidas ajenas y, con suerte, compartir instantes con ellas.

Sí, me gusta andar. Siempre que me atasco con una novela, un personaje, una trama, me voy a dar un paseo, a patear el monte, a dar vueltas por la playa. Andando el cuerpo se cansa, las barreras y tensiones mentales ceden y, en ese terreno fronterizo entre la consciencia y la inconsciencia, la creatividad aflora. Andar es una catarsis que limpia la mente y reduce todo a lo esencial.

Me atrae la idea de viajar a pie, día tras día, en pos de una meta cualquiera. Porque no es solo un tópico: lo importante, al cabo,

no es a donde vas, sino el hecho de ir. Y de sentirte, mientras lo haces, intensamente vivo.

Tierra de osos

Varias horas después de salir de Vigo y tras una breve parada de descanso en Lugo, el autobús emprende el último tramo, el que nos lleva desde esta ciudad hasta Ribadeo. Estoy ya en el trayecto que recorreré en unos días, de vuelta y a pie, así que dejo el libro que estoy leyendo y observo con interés el paisaje tras la ventana. He estado alguna vez por la zona, hace ya años, pero no guardo una imagen muy precisa de ella, y de ahí mi curiosidad. Tenía la idea de que las tierras más cercanas a Ribadeo son montañosas y que las primeras jornadas voy a atravesar un territorio poco poblado, a caballo entre Asturias y Galicia, pero no me imaginaba lo que ahora veo por la ventana del autobús. Al menos, lo que intuyo, pues está oscureciendo y cada vez distingo menos: un territorio en efecto montañoso, cubierto por una vegetación densa que oscurece las laderas y que, en estas horas crepusculares y bajo una fina lluvia, transmite una sensación lúgubre, de territorio al margen, frío e inhóspito.

La oscuridad termina por imponerse en el exterior, así que vuelvo al libro con el que estoy: *El río de la luz*, de Javier Reverte, viajero de los de verdad y uno de mis escritores de viajes de referencia, en el que se narra una aventura del autor por Alaska y Canadá durante la cual —eso sí que me pone los dientes largos— recorrió en canoa unos setecientos cincuenta kilómetros por el río Yukón, hasta Dawson City, la legendaria capital de la fiebre del oro del Klondike.

Mientras el autobús silencioso se desliza a través de la negrura montañosa que nos rodea, Reverte me habla de los osos, que abundan por Alaska y Canadá, y de los frecuentes ataques a humanos que protagonizan. Explica con no poca ironía que, según leyó en un libro sobre el tema, la conducta que debe adoptarse cuando te topas con un oso varía según la especie de que se trate.

Los osos polares son los más fieros y atacan a los humanos nada más verlos, por lo que la única defensa posible es correr y esconderse. Claro que, apostilla Reverte, «No especifica el autor del libro, sin embargo, en qué lugar de una plataforma helada puede encontrarse escondite contra un oso enfurecido que corre a casi sesenta kilómetros por hora sobre el hielo».

Los osos pardos, entre los que se encuentran los gigantescos *grizzlies*, no suelen sentir demasiado interés por los seres humanos, así que lo mejor es adoptar una posición fetal y quedarse inmóvil, esperando que se limite a olfatearnos y zarandearnos un poco y se le pase la curiosidad, pues plantarle cara es garantía de muerte.

Los osos negros, finalmente, son mucho más agresivos que los pardos. Ante ellos, lo peor es quedarse quietos: hay que gritar, tirarle palos y piedras, mostrarse más violento y amenazador que ellos para intimidarlos. Si lo conseguimos, nos dejará en paz; si no... En fin, ya dará igual.

El problema, termina diciendo Reverte, es el último consejo del libro: «Lo primero que debe procurar cualquiera que viaje a territorios de osos es aprender a distinguir entre un oso negro y un oso pardo, sobre todo fijándose en su constitución, puesto que a veces hay osos negros con pelaje pardo y osos pardos con pelaje negro». Ante lo cual concluye Javier Reverte: «Imagine el lector que le ataca un oso negro y adopta la posición fetal. O viceversa: que ataca un pardo y le llama uno ramera a su madre a voz en grito. En fin...».

La anécdota me hace sonreír... hasta que dejo vagar la mirada por el oscuro exterior y se me ocurre que por estas montañas, que voy a recorrer a pie en breve, también hay osos. En los últimos años, los osos pardos, que habían desaparecido de Galicia debido a la presión humana, están regresando.

Me quedo contemplando el vacío con una sensación de desasosiego. Me pongo a buscar en internet información sobre avistamientos de osos en esta zona y descubro que se les ha visto en los Ancares y en el Courel, en esta misma provincia de Lugo que estoy atravesando, y también en los montes de O Invernadeiro y en Pena Trevinca, en Ourense, provincia que atravesaré, en territorios donde estaban desaparecidos desde mediados del siglo pasado. Leo

noticias sobre ataques a colmenas y veo un vídeo de un oso que se pasea de noche por la *devesa* da Rogueira, en O Courel, el escenario de mi novela *Lo extraordinario*. El vídeo me encanta, pero no sus implicaciones.

Cómo cambia nuestra perspectiva cuando algo nos toca de cerca: la idea de que el oso esté regresando a Galicia me resulta muy seductora; al cabo, nunca veré un oso en mi ciudad, Vigo, como no sea en su zoo —y ni ahí, pues nunca visito un zoo—, ni tendré que lidiar con la posibilidad de toparme con uno al salir al jardín, como le sucedió hace poco a un hombre en un pueblo de León. Pero ahora que la idea se convierte en real, que voy a atravesar un territorio en el que existe la posibilidad, aunque remota, de toparme con un oso, la cosa cambia...

Mientras estoy dándole vueltas a esto encuentro una noticia sobre un avistamiento de un oso, a plena luz del día, en una carretera que va de Ribadeo al municipio limítrofe de Barreiros... justo en la zona por la que pasaré dentro de dos días. Es un suceso de varios años atrás, pero la idea me deja inquieto.

Me llega un correo. La remitente, Elena, a la que no conozco, me cuenta que es de A Pontenova —una de las localidades por las que estoy pasando justo en estos momentos—, que se ha enterado de mi aventura al leer mi blog y que, aunque no va a estar en su pueblo cuando yo pase por allí, quería saludarme y desearme buen camino. Le respondo agradeciéndole sus buenos deseos, pero cuando voy a enviar el correo se me ocurre preguntarle si sabe si hay osos por la zona, entre Ribadeo y Meira. Me da un poco de vergüenza, mi mente racional sabe que la posibilidad de toparme con un oso es mínima, pero la noche, los jirones de niebla que envuelven las montañas más allá de la ventana del autobús y la imaginación me pueden. «¿Quién eres tú, que oculto por la noche entras en mis secretos pensamientos?», escribió William Shakespeare, refiriéndose quizás al amor. Aunque igualmente podía referirse al temor...

Al cabo de un rato me llega la respuesta de Elena: «Osos no. Jabalíes muchos, pero de día no se ven. Como mucho, algún lobo».

Una historia que contar

Contemplo la pantalla del móvil con una media sonrisa en los labios mientras empiezo a preguntarme si todo esto no es una locura, si no me habré dejado arrastrar, como siempre, por el deseo de encontrar una historia que contar.

Siempre supe, desde niño, que soy escritor, hasta el punto de que no me recuerdo dudando de ello ni por un instante. He dudado muchas veces si conseguiría alguna vez publicar algo, si sería mejor o peor escritor o si alguna vez podría ganarme la vida como tal, pero el hecho indiscutible es que siempre he necesitado contar historias, aunque tardé en darme cuenta de qué es lo que me impulsa a hacerlo.

Eso lo comprendí de forma súbita, casi como si de una revelación cósmica se tratara, por culpa de un respingo colectivo. Al principio de mi vida laboral me dediqué unos años a dar clase de Geografía, Historia y Arte a alumnos de secundaria y bachillerato en dos colegios privados. Me gustaba mucho, realmente lo disfrutaba, y en algún momento llegué a plantearme seguir haciéndolo siempre. No iba a dejar de escribir, no podría hacerlo aunque quisiera, pero la escritura bien podía ser una actividad secundaria, una mera afición, en vez de mi actividad principal.

Hasta que una mañana, mientras daba una clase de Historia del Mundo Contemporáneo a alumnos de COU, sucedió algo que me hizo entenderme mucho mejor. No recuerdo bien cuál era el tema que estaba exponiendo, creo que la Revolución Industrial, pero sí recuerdo perfectamente cómo me sentía. Toda la clase permanecía atenta, atrapada por mis palabras, mientras dibujaba un mundo ya desaparecido, en uno de esos raros momentos de conexión colectiva. Yo mismo, arrastrado por la fuerza del conjuro, notaba a medida que hablaba cómo piezas sueltas, ideas leídas aquí y allá y conceptos dispersos iban encajando en el puzle histórico que montaba. No solo estaba explicando un momento de la historia: al mismo tiempo estaba comprendiendo lo que explicaba. O, al menos, estaba comprendiéndolo de una forma mucho más cabal de lo que lo hacía hasta ese mismo instante. El esfuerzo intelectual que me exi-

gía la necesidad de exponer un cuadro coherente de los hechos me estaba haciendo entender mejor esos mismos hechos.

De repente, sonó el timbre que indicaba el final de la clase. Un respingo colectivo de sorpresa interrumpió la atmósfera alquímica que se había creado. Uno por uno, los alumnos y las alumnas fueron volviendo al presente. Había en sus miradas un deje de nostalgia por el mundo del que el timbre nos había arrancado. Sonreí, consciente de que todos habíamos estado bajo los efectos de un poderoso hechizo colectivo, y salí del aula.

Sin embargo, no fui directamente a la siguiente clase. Me refugié en los baños porque necesitaba estar unos minutos a solas para digerir lo sucedido. Acababa de comprender por qué escribo: porque mi curiosidad es un estómago insaciable que me exige entender el mundo, y porque entiendo mucho mejor el mundo cuando lo cuento. El hecho de escribir me obliga a reflexionar sobre lo vivido, a organizar y a categorizar, y solo cuando lo hago las piezas encajan y cobran sentido. Para mí, escribir es vivir porque es esforzarse por entender la vida, por darle la coherencia que, real o no, necesitamos para seguir adelante en un cosmos que nos sobrepasa.

Al final, todos lo hacemos: nos esforzamos, cada uno a nuestra manera, por explorar y ordenar el mundo, lo hacemos encajar a la fuerza en nuestros esquemas aprendidos desde niños o desarrollados a base de esfuerzo ya de mayores. El resultado es una imagen necesariamente falsa, incompleta y parcial de cuanto nos rodea, pero qué más da: necesitamos agarrarnos a esa narrativa para navegar con cierta tranquilidad a través de un universo que nos abruma y nos convierte en motas de polvo. Unos lo hacen volcándose en religiones y creencias, otros buscan las respuestas en la ciencia y en la investigación, otros se refugian en ideologías o en causas personales y otros exploramos el mundo a través de las palabras.

Ese día comprendí también otra cosa, y fue el respingo colectivo lo que me la enseñó: no solo necesitaba escribir para entender el mundo; además, era capaz de atrapar la atención, de trasladar al oyente a otros mundos con la sola guía de mis palabras. Si era capaz de hacerlo hablando, debía de ser capaz de hacerlo igualmente escribiendo. Y quería intentarlo en serio.

Ese día decidí convertir la escritura en mi profesión. Desde entonces, siempre estoy a la caza de una nueva historia que contar que me ayude a darle forma al universo que nos rodea.

Por eso estoy aquí, en este autobús silencioso, atravesando un túnel de oscuridad camino de Ribadeo, persiguiendo una vez más una historia que contar. Y dejándome arrastrar por la imaginación, igual que hice con *Viaje al interior*, cuando la lectura de un libro me llevó a comprar una furgó y me lanzó a recorrer el país. Porque está en nuestra naturaleza humana, fundido con nuestras células, el deseo de saber, de saciar nuestra curiosidad. Lo está en el niño que pregunta por qué sin parar, lo está en el vecino o la vecina que se pasa la vida cotilleando sobre los demás, lo está en los relatos que escuchaban nuestros antepasados a la luz de las hogueras, en medio de la selva africana. Porque a través de los cuentos infantiles, de los cotilleos de patio de vecinos y de los relatos que las tribus se contaban a la luz de las hogueras conocemos el mundo y le damos forma a nuestra sociedad. Es esa misma curiosidad la que me lleva, una vez más, a salir al camino, a plantearme retos y tratar de conectar con el mundo.

Dice María Belmonte en su libro *Los senderos del mar* que...

Cuando uno se dispone a explorar los viejos caminos le salen al paso los fantasmas y las voces del pasado; voces que te cuentan historias y relatos que allí sucedieron y han quedado suspendidos en el aire (...)

—¿Alguien para Ribadeo?

Estoy tan absorto en mis pensamientos que tardo en darme cuenta de que el autobús se ha detenido. La oscuridad es casi total, solo rota por el débil resplandor de las lámparas de lectura de algunos asientos. Nadie responde al conductor, que se vuelve a sentar ante el volante y se dispone a reemprender la marcha. Solo entonces salgo de mi abstracción y me doy cuenta de que estamos detenidos y esta es mi parada. Me levanto apresuradamente y le pido que espere, que me bajo aquí.

Se baja conmigo para abrir el maletero y, un tanto atolondradamente, agarro mi mochila y la saco. El conductor sube, pone en marcha el autobús y comienza a alejarse. Y en ese momento me acuerdo de que he dejado en el asiento el portátil que llevo conmigo.

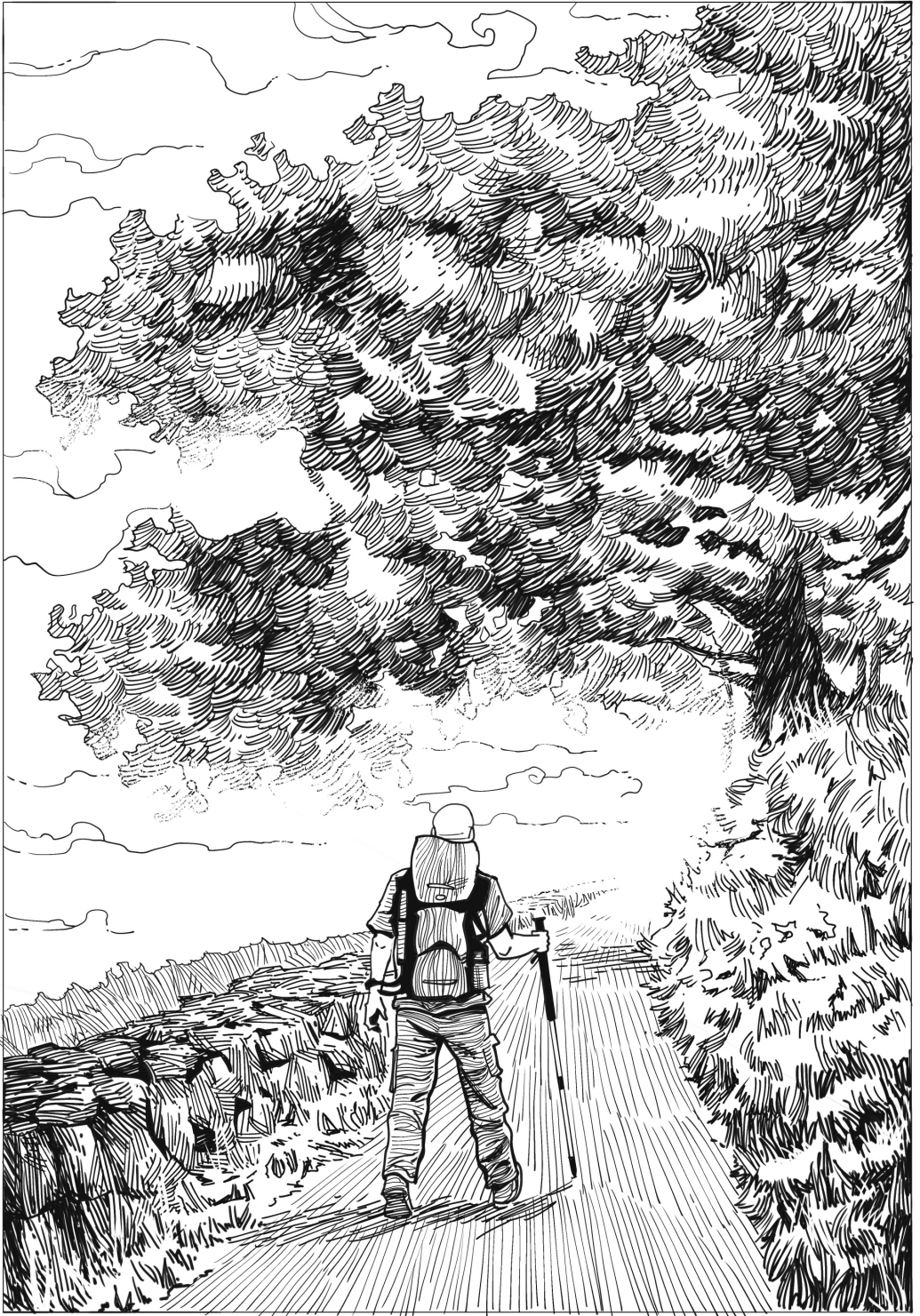
—¡Espere!

Golpeo con la mano el lateral del autobús que ya se aleja y consigo que este se detenga. Subo otra vez en medio del silencio colectivo: nadie me dice nada, aunque muchos me miran. Algo avergonzado por mi torpeza, encuentro el portátil y desciendo de nuevo.

El autobús arranca.

Me quedo solo en la estación desierta, en medio de la noche, con la mochila a mis pies.

Estoy en Ribadeo. Preparado para perseguir historias, una vez más.



PRIMERA PARTE

LUGO DE NORTE A SUR



1

EN LA VILLA INDIANA



Un italiano en moto

—¿Eres italiano? —Angelo habla español perfectamente, aunque con un ligero acento que no me cuesta detectar.

—Sí, pero llevo tres años viviendo en Barcelona.

Nos acabamos de cruzar en la pensión donde voy a dormir hoy y mañana. Nada más recoger la llave de mi habitación me topo con él, que sale de la suya, nos saludamos y nos ponemos a hablar. Al instante nos reconocemos como miembros de la misma tribu: la de los viajeros solitarios.

Cuando viajamos acompañados, nuestra atención, de forma natural, se centra en aquella o aquellas personas con las que vamos. Aunque no nos lo propongamos, ellas se convierten en el escudo que nos protege y separa del mundo, son nuestra referencia cotidiana y nuestro apoyo, las destinatarias de nuestra atención. El resto es un simple decorado, pues nuestras necesidades —bienestar, estímulo intelectual, placer, apoyo— las satisface en gran medida nuestra compañía. Para el resto del mundo, una pareja o un grupo de viajeros son un universo en sí mismo, un ente cerrado que ocasionalmente puede relacionarse con otros entes, pero que tiene sentido completo en sí mismo.

Por el contrario, viajar sin compañía derriba las barreras y cambia el foco de atención: te vuelve más receptivo a cuanto su-

cede a tu alrededor y más dispuesto a entablar una conversación con quien se cruza en tu camino. Al cabo somos animales sociales: necesitamos el contacto con otros mamíferos. Gran parte de nuestra vida consiste en encontrar nuestro lugar en el grupo del que dependemos para criarnos, alimentarnos, aparearnos y defendernos. Da igual que llamemos a ese grupo pareja, familia, tribu, aldea, ciudad o nación, nuestro cerebro está programado para integrarse en un grupo: es capaz de captar con asombrosa habilidad los cambios emocionales de los que nos rodean, desde el fruncimiento de un ceño al brillo de alegría o emoción de una mirada. Nuestra capacidad para percibir —e identificarnos con— las emociones ajenas, la empatía, es la clave de nuestro cerebro social y de nuestro bienestar. Al participar de los sentimientos del otro le brindamos nuestro apoyo emocional, y ese apoyo es clave para que nos sintamos seguros. Desde niños aprendemos a sentirnos protegidos gracias al apoyo emocional que nos ofrecen nuestros padres y nuestra familia más cercana y, desde niños también, aprendemos a proteger y apoyar emocionalmente a los que nos rodean. La clave está en la reciprocidad: necesitamos ser escuchados, y por tanto aprendemos a escuchar; necesitamos ser queridos, y por tanto aprendemos a querer.

Sí, somos seres inevitablemente sociales, y de ahí que, cuando viajamos solos, nuestro cerebro emocional busque el contacto. Lo hace por su cuenta y riesgo, sin pedirnos permiso: permanece atento a las señales del exterior, dispuesto a entablar conversación aquí y allá a la menor oportunidad. Por eso, supongo, los viajeros solitarios nos reconocemos al instante, porque no estamos acorazados tras las barreras que protegen al grupo.

—¿Y qué haces por aquí?

Angelo está recorriendo el norte de España en moto... y trabajando a la vez. Es programador en una empresa radicada en Barcelona y, desde que estalló la pandemia, trabaja a distancia. Un día, cansado de las horas de encierro en un piso compartido en Barcelona, decidió que «a distancia» no es sinónimo de «en casa» y se subió a la moto. Desde entonces va de un lugar a otro, explorando los paisajes norteños. Cada día se pasa ocho horas trabajando en el hospedaje en el que se encuentre y después, al terminar su jor-

nada, se sube a la moto y se va a recorrer la zona o se desplaza a su próximo destino.

—¿Has cenado? —le pregunto.

Un rato después estamos sentados en una terraza cercana mientras le explico qué es el *raxo*, un plato típico de Galicia a base de lomo de cerdo fresco cortado en dados y adobado con ajo, sal, pimienta negra, vino blanco y orégano, y servido con patatas fritas y pimientos de Padrón. Un plato sencillo y sabroso que se puede encontrar en casi cualquier parte. Tuvimos suerte, además, y por pura casualidad resultó que nos habíamos sentado en uno de los locales de tapas mejor valorados de Ribadeo, El Rincón del Gordo. ¡Magnífico nombre para un local de tapas!

—Guau, esto está buenísimo...

Angelo tiene treinta y tantos años, un cuerpo macizo y un rostro franco que transmite una cordialidad contagiosa. Enseguida congeniamos y nos descubrimos hablando de nuestras vidas y experiencias. Tras bombardearme a preguntas sobre sus próximos destinos y trazar entre los dos una posible ruta —quiere verlo todo en los pocos días que le quedan en Galicia, pues dentro de una semana ha quedado con su hermana en Lisboa—, terminamos, no sé por qué, hablando de seres mágicos, duendes y similares. Me cuenta que en su pueblo, una pequeña localidad del norte de Nápoles, cuando un niño tenía una pesadilla se decía que se la provocaba un *babbaceglie*...

—¿Y eso qué es?

—Un ser pequeñito y perverso que siempre va con un gorro y vive bajo la tierra. Es curioso y travieso y, aunque pequeño, pesa mucho. Le gusta sentarse en el pecho de los que duermen para provocarles opresión y pesadillas...

—¡Ostras! ¡Igualito que los tardos gallegos!

Y es que la fantasía, como la vida, no entiende de fronteras.

Seguimos hablando y disfrutando de la noche tibia del final del verano. Y así, dejándome llevar por lo inesperado, redescubro de golpe el placer del viaje, de los encuentros fortuitos, de las charlas sin trabas y de los mundos que se cruzan como faros en una carretera nocturna para no volver a verse jamás.

O tal vez sí.